

tos; cómo la inteligencia se purifica en el crisol de la fé; cómo, al término de todo esfuerzo sincero para encontrar la verdad, tiene Dios reservado un tesoro inmortal de luz y de reposo?

Por último, en un siglo que tiene deificada á la materia, no está ciertamente de sobra conocer las ideas de un hombre que consagró la vida al cultivo del espíritu: en un siglo que proclama esa libertad invasora, forjada en las fraguas del racionalismo, y que se convierte siempre en tiranía, serán inmortales las páginas consagradas á buscar, en los dominios de la justicia, límites á todo poder humano, frenos para toda libertad invasora: por último, los futuros anales de nuestra literatura contemporánea reclaman la conservación de obras, cuyas calidades literarias les prestan una fisonomía tan especial, un sello tan distintivo como tienen las producciones de Donoso.

En resúmen, hay en todas sus obras de todos tiempos mucho que debe ser aprendido; algo que debe ser refutado; nada que, publicado, ofenda la memoria del que, habiendo sido perpétuamente hombre de bien, escritor respetuoso de la religion de sus padres, celoso tutor de las tradiciones de su patria, acabó siendo ardiente defensor de la Iglesia, creyente piadoso, ejemplar cristiano.

---

## NOTICIA BIOGRÁFICA.

---

Et cum iter faceret, contigit ut appropinquaret  
Damasco: et subito circumfulsit eum lux de  
cælo.

Act. Apost. Cap. IX, v. 5.

### I.

**DON JUAN DONOSO CORTÉS** vino al mundo, cuando entraban á tomar posesion de nuestra patria las ideas francesas; que ya, desde fines del pasado siglo, habian obtenido carta de naturaleza y benévolo hospedage en la corte de Carlos III.—Los ejércitos de Napoleon acababan de invadir la provincia de Estremadura, y en son de conquista ocupaban las fértiles regiones, donde se meció la cuna de Hernán Cortés. Entre los moradores del territorio ocupado, que abandonaron sus hogares á la merced del invasor, contábase D. Pedro Donoso Cortés, descendiente del héroe extremeño, en compañía de su esposa Doña Elena Fernandez Canedo, la cual se hallaba en el término ya de su segundo embarazo; circunstancia que les obligó á detener su marcha de fugitivos, en su heredad de Valdegamas, situada á cuatro leguas de Don Benito, pueblo de su residencia. Bien pronto la jóven esposa, acometida en medio del campo por los primeros síntomas de su alumbramiento, fué precipitadamente conducida al próximo pueblecito, llamado el Valle de la Serena. Allí nació en 6 de mayo de 1809 **D. JUAN DONOSO CORTÉS**. — Habia en la parroquia del Valle (dice con



exactitud su ilustre biógrafo, el señor conde de Montalembert) una imagen muy venerada de la Santísima Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Salud. La joven madre quiso que su recién nacido fuese ofrecido en el altar de aquella imagen, y que llevase su nombre.—Recibió en el bautismo los de Juan Francisco María de la Salud.—Pudiera añadirse, que el piadoso instinto materno quiso poner aquella cuna bajo el amparo de la que es *Asiento de la Sabiduría*; como si adivinara el rudo combate que, en nombre de la fe y con auxilio de la humana ciencia, había de mantener su hijo con las ideas que penetraban en España, cuando él entraba en la vida.

Y sin embargo, era inevitable que la inteligencia de aquel niño encontrara ante sí, como primer asunto de sus meditaciones, aquellas ideas.—Ni la piadosa educación que recibía en el seno de su familia, era bastante á evitar el contacto de otros pensamientos que había de encontrarse á su entrada en el mundo; ni los ejemplos constantes del hogar doméstico podían hacer en su mente mas poderosas las tradiciones allí depositadas, de lo que debían serlo al cabo las violentas agitaciones del espíritu, las nuevas pasiones, los nuevos intereses, que constituían la vida moral é intelectual de nuestra España, desde la guerra de la Independencia.

Ya en su mas temprana edad mostraba el niño aquella energía de inteligencia, aquella curiosidad avara, que determinan la índole de su espíritu, singularmente contrastada por aquella suavidad de afectos, que formaba la base de su carácter. En sus juegos, como en sus estudios infantiles, empezaba á mostrarse aquella naturaleza profundamente antitética, cuyo detenido análisis es sin duda lo único capaz de explicar las aparentes contradicciones de su vida y de sus pensamientos.

Hay razón para creer que debían serle trabajosos y poco gratos los estudios que versan principalmente sobre la forma esterna de los pensamientos: en algunos ensayos literarios de su primera juventud, se ve ya su característica rebeldía contra los preceptos gramaticales, y, sobre todo, un notable descuido de las reglas de ortografía. Fué siempre poco apto para el estudio de las lenguas; y en cuanto al francés, que llegó á poseer con bastante dominio, costóle siempre mucho pronunciarlo con una acentuación medianamente propia. En cambio, desde muy niño mostró especial atención á los estudios históricos; y como prueba de la afición constante que les consagró, bastará decir que, entre sus apuntes de mas antigua fecha, hay uno, probablemente de 1824, que es todo un resumen breve, pero exacto y comprensivo de historia universal; y en el cual lo mas singular no es tanto su exactitud y comprensión, como la índole de las notas que lo ilustran. En todas ellas se ve distintamente la intención de señalar principios, mas bien que hechos; caracteres generales de cada época, mas bien que sucesos particulares. Ahí va un solo ejemplo, que es bien característico. Está resumiendo la historia de Grecia, y menciona las

empresas que se verificaron antes de la guerra de Troya: cita la expedición de Jason, y la liga de los príncipes del Peloponeso contra Tebas por los acontecimientos de la familia de Edipo, y añade: «la primera manifiesta» que dominaba entonces la unidad individual: la segunda fué un progreso, porque manifestó que había llegado el dominio de la unidad de familia: la guerra de Troya fué ya la señal ostensible del dominio de la unidad de nación; y la de Persia, de la unidad de principios: lo que era en aquel período la Grecia, lo es ahora el mundo.

Estas eran las ocupaciones y las aptitudes intelectuales de aquel adolescente de catorce años. Teniéndolas presentes, se explican el desden, y el escaso aprovechamiento con que estudió las ciencias que solo se estienden al dominio de los hechos. Sus maestros de ciencias físicas y matemáticas jamás pudieron hacerle un discípulo aplicado; y en cambio, en Salamanca, donde estudió lógica y metafísica á la edad de once años, había dejado fama de buen estudiante.

No se tendrán por inoportunos estos pormenores, que nos muestran al hombre desde sus primeros pasos emprendiendo la vía donde mas ha progresado su talento, y que, determinándonos las aficiones y aptitudes de su adolescencia, sirven en gran manera para explicarnos todo el desarrollo de sus facultades en su juventud y en su edad madura.

Ya hemos dicho que tenía once años, cuando emprendió sus estudios superiores en la universidad de Salamanca; es decir, corriendo el año de 1820, en los albores de aquella primera restauración del constitucionalismo liberal, que tan mal ensayo había hecho de su fuerza y de su crédito en 1812. El imberbe escolar de lógica, interesado con todo el ardor de la juventud en el espectáculo de aquella revolución social y política á un mismo tiempo, discípulo necesario de aquel filosofismo que entonces invadió las aulas universitarias, y con una organización tan idónea para apasionarse por toda idea nueva, parece que, pertrechado con relucientes arneses de miliciano nacional de caballería, se hizo notable en la universidad por la exaltación de sus opiniones y de su conducta. Pero esta exaltación, lejos de matar en flor, como pudiera haberse temido, su precoz inteligencia, sirvióle de estímulo para examinar los fundamentos racionales de aquellas doctrinas que instintivamente amaba: y llevado por su propia inclinación y por el ajeno ejemplo, se dió desde entonces á devorar los libros que por aquella época estaban en voga. Poco tiempo le bastó para recorrer desde la *Enciclopedia* hasta Benjamin Constant: y como por otra parte, nunca abandonaba sus estudios históricos, bien puede afirmarse que al salir de la pubertad, estaban ya completamente formados en su espíritu el gusto y la aptitud para los estudios histórico-políticos, que constituyen el fondo de cuanto ha escrito y pensado, y que hoy se determinan con el nombre específico de Filosofía de la historia.



O porque su familia temiese las consecuencias de aquella infantil exaltación; ó porque quisiese tenerle mas cercano de sí, mientras terminaba sus estudios de filosofía, mandóle á continuarlos en el colegio de Cáceres, titulado de San Pedro, donde cursó los dos siguientes años escolares. El último de estos, cuya asignatura era la filosofía moral, se contaba entonces como primero de la carrera de Jurisprudencia: y por esta circunstancia, se encontraba el jóven estudiante á los catorce años de su edad en el segundo de los estudios mayores, que en octubre de 1823 emprendió en la universidad de Sevilla.

Quedaba por entonces cerrado el paréntesis liberal de 1820. La restauración monárquica de 1823, menos prudente que recelosa, venia á comprimir los desahogos, pero no á cortar los vuelos, porque esto era imposible, de aquel espíritu audaz, que se lanzaba tan temprano en los espacios de la ciencia. Con menos recursos sin embargo, y con menos libertad para seguir el camino que habia comenzado; cuando, mitigado ya el primer embate de la reacción política, y á favor de la oscuridad en que se veia forzosamente encerrado, pudo creerse seguro nuestro escolar para proseguir sus tareas, convirtió su actividad al cultivo de las bellas letras, que hasta cierto punto eran el único estudio libre de nuestra España en aquel tiempo. Su íntimo amigo y compañero de entonces, el señor Pácheo, refiere que, cuando vencido lo mas árduo de sus comunes estudios académicos, habian obtenido los dos, no sin lucimiento, el grado de Bachilleres en Jurisprudencia, preguntándose mutuamente qué harian de sus personas para aprovechar el tiempo, acordaron dedicarse á hacer versos. Y dicho y hecho: despues de estudiar las reglas del arte, buscados el modelo y la inspiración en las poesías de Melendez, y constituidos en fundadores de una especie de privada academia, donde, con otros compañeros de su edad é inclinaciones, se criticaban y alentaban reciprocamente, los dos Bachilleres se dieron á urdir anacreónticas y sonetos. Nuestro filósofo se trocó entonces en un bucólico Datilo, que tuvo su correspondiente Dorila, á quien consagrar enamoradas endechas; mientras, por otro lado, con vena menos inocente, si bien mas peligrosa, calzaba el coturno, y escribia su tragedia «Padilla» desahogo patriótico y literario á un tiempo mismo, que si bien debió mostrar á su autor que no habia nacido para poeta dramático, descubrió el secreto de su vigorosa imaginación, fecundando en ella el oculto germen de la incontinencia de formas, con que despues ha decorado sus magníficos pensamientos.

«Ni espereis de él (dice el señor Pacheco en su última oración académica, en respuesta al reciente discurso del señor Baralt) el depurado gusto que significa serenidad ni prudencia; ni espereis la moderación que se deriva de la duda ó de la templanza. Es un retoño del antiguo génio cordovés el que nace y se ostenta al mundo con su valentía, con su desenfado, con su ne-

glijencia tradicional: es otro Lucano, que prepara una nueva Farsalia, escribiendo la tragedia de PADILLA: es otro Góngora, no despeñado aun en sus delirios, sino desenvolviendo las tendencias de Herrera, el gran imaginador; pero un Góngora quizá mas inflexible y menos variado que el autor celebre de *Angélica y Medoro*; capaz de sobrepujarle en sus canciones, incapaz de seguirle en sus romances.»

Sin duda, hay en estos ensayos del señor Donoso, como en todas las demas poesías que escribió posteriormente, mucho de lo que el señor Pacheco dice; pero hay ademas otra cosa, que generalmente no hay en el Góngora de las canciones, ni en todo Herrera el imaginador; porque hay culto á las ideas, hay atención muy sostenida al fondo de los pensamientos; atención, que no parece ni aun se distrae nunca, apesar de la intemperancia de las formas.—El señor Donoso, parte por sus inclinaciones y aptitudes propias, parte por efecto de las circunstancias que habian determinado el progreso de su educación, era ya filósofo, cuando se propuso ser poeta; dejó de ser poeta muy pronto, para vivir y morir filósofo; y aquí está la explicación de aquella diferencia. Puede parecer, y parece en efecto muchas veces, que deliberadamente el señor Donoso sacrifica la idea á la forma; pero puede asegurarse que cuando esto sucede, sucede á pesar suyo: generalmente, la intemperancia de sus formas no es sino consecuencia de haber exagerado la importancia de la idea que aquellas revisten.

Sea de esto lo que se quiera, es indudable que durante el periodo á que nos vamos refiriendo, fué cuando Donoso formó su gusto y su carácter literarios; cuando verdaderamente apreció la importancia esencial de las formas, cuyo estudio habia hasta entonces desconocido ó desdeñado.—Debióle alentar y confirmar grandemente en esta tendencia de su espíritu el ejemplo y el consejo del señor don Manuel José Quintana, con quien el jóven poeta pasaba las vacaciones del verano en Cabeza del Buey, pueblo cercano al domicilio paterno de Donoso, y donde el señor Quintana tenia al lado de su familia, un refugio contra las tormentas políticas de aquel entonces.

Alternando así sus áridos estudios de jurisconsulto con estas deleitosas ocupaciones, vió terminada su carrera de jurisprudencia á los diez y nueve años, edad en la cual, segun los reglamentos de la época, no podia obtener título, ni por consiguiente, ejercer la profesion de abogado. Las leyes y los hábitos de nuestra España le negaban todavía los derechos de hombre: la fama de su talento le conquistó sin embargo los de maestro.—Hé aquí cómo.

Reinstalábase en 1829 el ya citado colegio de humanidades de Cáceres, cerrado desde 1823; y el señor Quintana fué invitado á desempeñar la cátedra de literatura creada en sus nuevos estatutos: pero ya fuese porque no le conviniera aceptar este encargo, ó porque, en su justo orgullo de



maestro afortunado, quisiera dar á su discípulo una alta prueba de estimación y confianza, el hecho es que le recomendó como el mas digno de sustituirle. La recomendación fué atendida: y lo fué de tal manera, que no solamente se confirió á Donoso la cátedra citada, sino que se le encargó pronunciar la oración inaugural, con que solemnemente se celebró la reinstalación del colegio.

Entonces le conoció el autor de esta noticia. Acostumbrado á no oír consejos ni lecciones sino de la ancianidad y de la experiencia, por la sorpresa que á él le causó, infiere la que debió causar á los oyentes aquel mancebo de veinte años, hablando en la silla de los maestros con admirable aplomo, con severo continente, con robusto acento, un lenguaje tan desconocido, como nuevas eran para su auditorio las ideas que atrevidamente aventuraba. No os figureis que va á pronunciar un discurso académico de pulidas formas, lleno de lugares comunes ó de frases retóricas, acomodadas á la solemnidad del momento. No creáis tampoco que, simple eco de las creencias y de las prácticas literarias de su época, va á disertar rutinariamente sobre algun punto especial de alguna ciencia ó de algun arte. Nada de eso: desde las primeras palabras os dice que, no juzgándose con títulos « para hacer un brillante elogio de las ciencias, y siguiendo su marcha progresiva en todas sus ramificaciones, presentar el cuadro grandioso de las formas y propiedades de nuestro entendimiento, se va á contentar con presentar algunas observaciones sobre el caracter que distingue la moderna de la antigua civilización; y siguiendo despues la marcha de los siglos desde el renacimiento de las luces, compararlos entre sí, y todos con el siglo XIX, en que nace aquel colegio..... »

¿Os parece que promete mucho? Pues leed el discurso, y vereis que cumple mucho mas de lo que promete; porque hace nada menos que un brillante resumen de la historia de la civilización, desde la caída del imperio romano; y en cada una de las épocas culminantes, que por cierto sabe enunciar y caracterizar tan exacta como concisamente, hace una especial aplicación de las distintas fases que ha ido recorriendo la literatura; y os pone en el secreto de la reciproca influencia que ejercen entre sí la constitución social y política, y la literatura de un pueblo y de una época determinada. De estas series de paralelos, os deduce las diferencias esenciales y accidentales que debe haber y hay entre las literaturas de diversas épocas y de diversos pueblos. Os describe el caracter de la poesía sensual de la Grecia, « pueblo brillante, siempre amado de las gracias y mecido de ilusiones »: os presenta el contraste de ésta poesía sensual, de formas pulcras, de regulares y ordenadas proporciones, con la ruda poesía nacida de los siglos bárbaros, menos bella, pero mas energética; menos risueña, pero mas humana: y embebecido ante el espectáculo seductor de la primera, y exaltado ante la vigorosa y trascendental energía de la segunda; viendo

claramente que aquella es pasada con la civilización que le dió vida; y que esta otra, fecundada por los siglos ulteriores, es la única fuente de originalidad y de belleza para los poetas contemporáneos; desdeñoso con la pobre y limitada escuela que no da mas valor á la poesía que el de un simple arte de imitación; sectario, en fin, y apóstol de la revolución obrada en el gusto y en las opiniones literarias de principios de este siglo; y echando sobre el muerto clasicismo de nuestros padres una mirada última de amor y de compasión, esclama: « ¡O pueblo generoso de la Grecia! Pueblo querido de mi corazón! perdona si al considerar el laurel eterno que te ciñe, yo no le tengo por el mas digno de ceñir ya nuestras frentes: perdona si, contemplando en silencio con Osian las tumbas de sus padres, y evocando sus sagradas sombras, prefiero sus misteriosos gemidos y sus salvajes laureles al aroma de tus flores, y á los acentos de tu lira!..... »

Y los lábios que mandan este magnífico adiós de despedida á las musas de la Grecia, y al helenismo desfigurado del Lacio, pronuncian osadamente los nombres de Schiller y de Byron, de Walter Scott y de madama Stael. Todo esto bañado, como fácilmente se comprenderá, en una atmósfera de idealismo germánico, de misticismo sentimental, que hacia tan estraña la forma como el fondo de sus pensamientos. A tiro de ballesta se veia que aquel era un discurso revolucionario. Para su autor, de seguro no han sido despues completamente aceptables el espíritu con que está pronunciado, las doctrinas que sustenta, ni los fines que se propone; pero es indudable que si alguna vez en sus últimos dias se dignó echar una desdeñosa mirada sobre su propia obra, todavia habrá encontrado que envidiar en ella la ardiente fé, la poética energía, las nobles esperanzas que daban vida y vigor á aquellos acentos de su pasada juventud. Habrá visto tambien, no sin compasión de sí propio, la tintura de racionalista que debia á su educación literaria; pero habrá siempre mirado con placer y con orgullo aquellas páginas en que, á despecho de su filosofismo, ensalza y preconiza la austeridad del Evangelio, dilatando su alma por las serenas regiones del mundo cristiano; aquellas otras en que tan elocuentemente apologiza á *Pedro el hermitaño* y las *Cruzadas*, espíritu vivificante del siglo que vió nacer la brújula, el derecho civil y político, la imprenta, las ciencias, las artes; se habrá complacido en ver cómo, en los primeros pasos de su vida, lanzaba el anatema sobre el cinico Ginebrino, á quien llama el mas terrible, como el mas seductor y elocuente de los sofistas; y el desden con que trata á los autores de la *Enciclopedia*; y el sentimiento de rectitud que sino le impedia llamar brillante al siglo XVIII, le enseñaba que en ese siglo, al lado de todas las verdades y de todas las virtudes, estaban tambien divinizados todos los errores y todos los crímenes.

Aquí se ve el gérmen de un eclecticismo propio, individual del señor Donoso, cuyo caracter no es tanto la elección dogmática entre los varios



principios que la sola razón le subministra, como cierta aspiracion constante á fundir en uno su razon filosófica y su instinto cristiano. Las luchas interiores á que esta aspiracion le condena, las veremos, ora vagamente definidas, ora plenamente manifiestas, en todo el progreso de su vida intelectual. El último periodo de su existencia no es mas que el término definitivo de esta lucha; no es mas que la victoria decisiva del instinto del cristiano contra la razon del filósofo.

Parece que quien tan lucidamente inauguraba su magisterio, debia haber tenido muchos oyentes en su cátedra; pero su asignatura no se imputaba entre los cursos académicos de filosofia, sino que era puramente de adorno; y esto explica un hecho que de otro modo seria increíble; y es que no abrió su cátedra mas que con dos discípulos. A mediados del curso escolar, ya no tenia mas que uno. Este uno era el que os está hablando, lectores míos.

Todavía es, y muchas veces pienso qué idea le movia, ó que sentimiento le sustentaba, cuando haciéndome acudir diariamente y con puntualidad al aula espaciosa donde estaba su cátedra, me tenia sentado sobre el banquillo hora y media, pronunciándome un discurso didáctico, del cual puede figurarse el lector lo que se alcanzaria á un chico de diez años. Preciso es que obrara en él con mucha fuerza la conciencia de su deber para llevar tan adelante la formalidad de su empeño; si ya no es, y esto parece mas probable, que se aprovechára de aquella cuasi soledad, para hacerse á sí propio prueba y ensayo de sus fuerzas. Los lectores perdonarán la prolijidad de este recuerdo grabado en el alma del que escribe con indeleble sello de gratitud y de ternura.

Durante aquel curso, y á principios del año 1850, contrajo el tierno afecto que terminó en su enlace con la señora doña Teresa Carrasco, hermana del personaje político que despues fué conde de Santa Olaya. Dios no quiso dejarle gozar largo tiempo la felicidad doméstica que abundantemente le ofrecian las virtudes de su bella y angelical esposa, y las gracias infantiles de una niña, único fruto de su matrimonio. La muerte le arrebató primero á su hija, y luego, en el verano de 1855, á su esposa; como si el cielo hubiera querido avisarle que su peregrinacion por el mundo debia ser una especie de solitario sacerdocio, y una mision sin rivales.

Terminado el año académico, y cumplido por consiguiente su empeño en el colegio de Cáceres, se trasladó con su esposa á Madrid, donde ya bullia, bien que tímida y sordamente, la brisa mensajera de los huracanes políticos que iban á trastornar el fondo y la forma de nuestra patria. Bien pronto, el jóven catedrático de literatura tomó puesto distinguido en el círculo literario que iba, por decirlo así, condensándose, como una falange preparada para convertirse, á la primera ocasion favorable, en heraldos ó ministros del nuevo orden de cosas, que despuntaba. Solícito y animoso,

acudió á todas las lizas en que se disputaba el premio del talento; y á los apreciables esfuerzos que entoces hizo por alcanzarlo, debemos sus escasos, pero no indiferentes ensayos poéticos que vieron la luz pública, tales como su *Elegia* inserta en la Corona fúnebre de la duquesa de Frias; otra, dedicada á Melendez; sus odas á la Reina Cristina, y á la proclamacion de la Reina Isabel; y por último, su ensayo épico, el *Cerco de Zamora*, que escribió en ánimo de concurrir al certámen abierto con designacion de aquel asunto por la Academia española, y el cual, segun consta del prólogo que le precede, no llegó á ser presentado en el concurso.

Sin pararnos en apreciar el mérito de estas poesias, á las cuales por otra parte su autor nunca dió tampoco grande importancia; y pareciéndonos por lo mismo estrañas en cierto modo al cuerpo de estas obras, hemos creido oportuno y adecuado ponerlas por via de *Apéndice* en el último tomo.

## II.

Veniase entre tanto á mas andar, preñado de tempestades y lleno de esperanzas, el tercero y último periodo de nuestra revolucion, en lo que va del presente siglo. La monarquía hereditaria y tradicional, en la vecina Francia, acababa de dejar el puesto á otra monarquía electiva y revolucionaria; y, al impulso de este nuevo y definitivo arranque del liberalismo francés, todas las naciones de Europa, cual mas, cual menos, habian experimentado cambios, ó arrostrado peligros de grave consecuencia. En España, estos sucesos coincidian con la existencia de un trono minado por conspiraciones domésticas, ocupado por un monarca débil y enfermo, y rodeado por la impaciente expectativa de un partido, ducho en asimilarse todos los elementos que no le eran irreconciliablemente hostiles, con agravios que vengar, gran propagador de esperanzas alhagüeñas, mas activo que sus adversarios, y tal, en fin, como le necesitaban los nuevos intereses que nacia en torno del lecho del moribundo monarca, cuyos ojos turbados buscaban, en su última hora, vengadores de sus enemigos, y tutores de su hija y heredera. Al doloroso y tímido clamor de aquel rey moribundo, repetido por los lábios de una Reina jóven y hermosa, respondieron, como otros tantos ecos de amistad y de concordia, la voz de las tradiciones y el grito de las esperanzas.

La educacion, los instintos, los intereses, las aspiraciones del jóven literato, le llamaban no solamente á mezclar su voz en aquel universal concierto, sino á señalarse de un modo especial: y esto fué cabalmente lo que intentó y consiguió, cuando en aquellos críticos dias del otoño de 1852,